

Toda la fuerza de sus guardias estaba, pues, en el interior de los atrincheramientos, haciéndolas con un orden y un cuidado grandísimos y castigando con pena de muerte á los que faltaban á su deber. No explicaré las reglas á que se ajustaba este servicio para no molestaros inútilmente, puesto que os será fácil enteraros de ellas, si no las sabéis; sólo diré brevemente lo que yo haría. Ordinariamente tendría armado cada noche la tercera parte del ejército, y siempre en pie la cuarta parte de ésta, distribuyéndola por todas las trincheras y por todos los sitios del campamento con guardias dobles en cada ángulo, unas fijas y otras patrullando constantemente de una á otra parte del campamento. La misma vigilancia establecería de día cuando el enemigo estuviese próximo.

Nada diré de la consigna, de la necesidad de renovar la todos los días y de las demás disposiciones que hay que tomar para la guarda del campo, por ser cosa sabida. Sólo recordaré una importantísima, que, si se observa, produce mucho bien, y si no, mucho mal, cual es que se vea con gran cuidado quiénes por la noche se ausentan del campamento y quiénes entran en él. Esto es fácil saberlo si el campamento se ordena como hemos explicado porque, habiendo en cada alojamiento un número fijo de soldados, es sencillísimo ver si falta ó sobra alguno; si falta, castigarlo como desertor, y si sobra, averiguar quién es, qué hace allí, y las demás condiciones en que se encuentra. Este cuidado dificultará grandemente al enemigo mantener inteligencias con los jefes y averiguar las intenciones del general.

Si los romanos no hubiesen ejercido dicha vigilancia, imposible fuera á Claudio Nerón, teniendo tan cerca á Anníbal, salir del campamento de Lucania é ir y volver de la Marca sin que Anníbal lo supiese.

No basta que la organización sea buena; es preciso,

además, observarla con gran severidad, pues en ninguna circunstancia necesita el ejército mayor exactitud en el cumplimiento de los deberes. Las leyes que atañen á la seguridad del ejército deben ser, pues, muy rigurosas y hacerlas cumplir estrictamente. Los romanos castigaban con pena capital al que faltaba á la guardia, al que abandonaba el sitio donde se le ponía para combatir, al que sacaba del campamento alguna cosa á escondidas, al que se vanagloriaba de haber hecho alguna hazaña en la batalla sin ser verdad, al que combatía sin orden del general, al que, por miedo, arrojaba las armas. Y si ocurría que una cohorte ó una legión entera cometiera alguna de estas faltas, para no matar á todos los que la formaban, los diezaban, sacando sus nombres á la suerte y matando uno de cada diez soldados; pena de muerte que, si no la sufrían todos los delincuentes, á todos inspiraba temor.

Como donde los castigos son grandes, deben serlo también las recompensas para que los hombres tengan igual motivo de temor y de esperanza, establecieron los romanos premios para cada acción heroica, como la de salvar la vida á un compañero durante la batalla, ser el primero en asaltar el muro de una plaza sitiada, herir ó matar al enemigo en combate ó derribarle del caballo. Cualquiera valerosa acción de esta índole la agradecían y premiaban los cónsules, y la elogiaban públicamente los ciudadanos. Los que por tales hechos obtenían recompensas, además de la gloria y fama adquirida entre los soldados, al volver á la patria los presentaban con noble orgullo y grandes demostraciones de consideración de sus parientes y amigos. No es maravilla que aquel pueblo conquistara tanto imperio siendo tan inflexible en castigar y premiar los actos que por malos ó buenos merecían censura ó alabanza; ejemplos dignos en su mayoría de ser imitados.

No creo deber pasar en silencio uno de los castigos que los romanos imponían, cual era el de que, convencido el reo ante el tribuno ó el cónsul de su culpa, tocábanle éstos ligeramente con una varilla. Desde aquel momento el reo podía huir y todos los soldados matarle, de modo que cada cual le arrojaba piedras ó dardos ó le hería con otras armas, andando vivo pocos pasos y siendo rarísimos los que escapaban. Aun escapando, no podían volver á sus casas sino con tantos trabajos ó tanta ignominia, que les era preferible la muerte.

Los suizos tienen un castigo idéntico, haciendo matar públicamente á los condenados por los otros soldados, lo cual, bien pensado, está perfectamente hecho. El mejor medio de evitar que haya defensores de culpados es obligarles á que los castiguen, porque el interés que les inspira y el deseo de su castigo les afectan de un modo muy distinto, según sean ellos ú otros los que hayan de ejecutar la pena. Si queréis que un pueblo no se haga cómplice de los dañosos proyectos de un ciudadano, haced que el pueblo sea su juez. En prueba de ello puede citarse el ejemplo de Manlio Capitolino, que, acusado por el Senado, fué defendido por el pueblo, hasta que llegó éste á juzgarle y á ser árbitro de su suerte, y le condenó á muerte. Este género de castigo es, pues, muy á propósito para evitar tumultos y hacer observar la justicia.

Y como para refrenar á los soldados no basta el temor de las leyes ni el de los hombres, añádanles en la antigüedad el prestigio de los dioses: por ello con solemnes ceremonias hacían jurar á sus soldados la observancia de la disciplina militar, para que, faltando al juramento, no sólo temieran las leyes y á los hombres, sino también á Dios. Procuraban además por todos los medios fortalecer en ellos los sentimientos religiosos.

*Bautista.*—¿Permitían los romanos que en sus ejérci-

tos fueran mujeres y que los soldados jugaran, como hoy, á juegos ajenos á los ejercicios corporales?

*Patricio.*—Prohibían ambas cosas, y no era difícil de cumplir la prohibición, por ser tantas las ocupaciones de cada soldado, generales y particulares, que no les quedaba tiempo para pensar en Venus ni en el juego, ni en nada de lo que hace á los soldados sediciosos é inútiles.

*Bautista.*—Perfectamente. Decidme ahora la manera de levantar el campamento.

*Fabricio.*—Tocaba la trompeta capitana tres veces. Al primer toque se levantaban las tiendas y se liaba el bagaje; al segundo cargábanse las bestias, y al tercero empezaba la marcha en el orden que hemos dicho; los bagajes á retaguardia de cada cuerpo de ejército, poniendo en medio las legiones. Haréis, pues, partir una brigada auxiliar, á continuación sus bagajes, y con ellos la cuarta parte de la impedimenta común á todos los cuerpos, es decir, la que haya alojada en uno de los cuatro espacios de que hablamos hace poco. Para esto conviene que cada uno de ellos esté asignado á una brigada, á fin de que los alojados en él sepan cuál es su puesto en marcha. Cada brigada con sus bagajes propios, y la cuarta parte de los comunes seguirá la marcha, como hemos dicho que caminaba el ejército romano.

*Bautista.*—¿Tenían los romanos para acampar algunas reglas además de las que habéis dicho?

*Fabricio.*—Os repito que, ante todo, preferían la acostumbrada forma de sus campamentos, cediendo á ésta las demás consideraciones; pero sin perder jamás de vista dos circunstancias: una, que el sitio del campamento fuera sano; y otra, colocarlo donde el enemigo no lo pudiera cercar ni cortarle el agua ó los víveres. Para evitar enfermedades, alejábanse de las tierras

pantanosas y expuestas á vientos nocivos, lo que conocían, no sólo por el aspecto de la localidad, sino también por el de sus habitantes; y cuando los veían descoloridos, ó asmáticos, ó atacados de alguna infección, no acampaban.

En cuanto á que no pueda ser cercado por el enemigo el campamento, conviene tener en cuenta la naturaleza del terreno, dónde están vuestros amigos y vuestros enemigos, y conjeturar de este modo si es ó no posible el asedio. El general debe ser, pues, peritísimo en el conocimiento del país donde opera, y llevar consigo personas de igual pericia.

Evítanse las enfermedades y el hambre procurando que no se desordene el ejército, pues, para mantenerlo sano, es preciso que el soldado duerma bajo la tienda, que se aloje donde haya árboles que den sombra y leña para cocer la comida, y que no camine durante las horas de gran calor. En el verano saldrá de los alojamientos antes de amanecer, y en el invierno se procurará que no camine sobre nieve ó hielo sin haber facilidad de encender fuego.

No debe faltarle el vestido necesario ni beber agua malsana. Con el ejército irán médicos para curar á los enfermos, porque el general no tiene medios de defensa cuando ha de combatir á la vez con las enfermedades y con el enemigo. Pero lo mejor para mantener el ejército sano es el ejercicio, y por ello en la antigüedad se hacía diariamente. Puede juzgarse lo que importa el ejercicio sabiendo que en el campamento da la salud y en el campo de batalla la victoria.

Para prevenir el hambre, no sólo se procurará que el enemigo no impida los víveres, sino saber de dónde han de sacarse y cuidar que no se desperdicien los acopiados. Conviene estar siempre aprovisionado para un mes y obligar después á los aliados próximos á llevar-

los todos los días. Conviene también almacenar gran cantidad en alguna plaza fuerte y consumirlos con economía, de modo que cada soldado sólo tenga diariamente la ración necesaria. Del orden en el acopio y consumo de las provisiones debe cuidarse mucho, pues con el tiempo triunfaréis de todo en la guerra menos del hambre, que, cuanto más dure, más os vence.

El enemigo que pueda venceros por hambre no la procurará por las armas, porque si aquella victoria no es tan honrosa, es más cierta y segura. El hambre es un peligro inevitable para todo ejército que no esté administrado con rigurosa justicia y que consuma sus víveres con desarreglo y á capricho, porque el desorden impide que lleguen á tiempo las municiones de boca, y si llegan y se desperdician, el resultado es igualmente funesto. En la antigüedad, cada soldado comía la ración que le daban y en el momento de recibirla, porque todos comían al mismo tiempo que el capitán. Lo que en los ejércitos modernos ocurre, bien sabido es; lejos de ser como los antiguos, modelos de economía y sobriedad, son, al contrario, escuelas de licencia y de embriaguez.

*Bautista.*—Al empezar á explicar los campamentos habéis dicho que no queríais limitarlos á dos brigadas, sino acampar cuatro para mostrar cómo lo hacía un ejército completo. Os ruego me digáis dos cosas: una, cómo acamparé un ejército más ó menos numeroso; otra, qué número de soldados ha de tener un ejército para combatir toda clase de enemigos.

*Fabricio.*—A la primera pregunta respondo que, si el ejército tiene unos seis mil hombres más ó menos que el acampado, se alargan ó acortan las líneas de alojamiento hasta que sean suficientes, y con este método se puede llegar en más ó menos hasta el infinito. Sin embargo, cuando los romanos reunían dos ejércitos consulares, hacían dos campamentos unidos por la parte

que ocupan los desarmados. Respecto á la segunda pregunta, diré que el ejército ordinario romano era de unos veinticuatro mil hombres, y cuando mayor fuerza ponían en campaña no pasaba de cincuenta mil. Con este número contrarrestaron el ataque de doscientos mil galos, después de la primera guerra púnica, y con el mismo hicieron la campaña contra Anníbal. Notad que tanto los romanos como los griegos han hecho la guerra con pocas tropas, procurando la ventaja con el arte y la disciplina; en cambio los pueblos de Occidente y de Oriente la hacían en multitud; los primeros con su natural impetuosidad, y los orientales llevados por la grande obediencia que profesan al monarca.

Como ni en Grecia ni en Italia existía ninguno de ambos móviles, fué preciso acudir á la disciplina, cuyo poder es tan grande que, relativamente, con pocos soldados superaron el denuedo y la obstinación de inmensa multitud.

Queriendo imitar á los griegos y á los romanos, nuestros ejércitos no deben pasar de cincuenta mil soldados, más bien menos que más, porque la multitud produce confusión y estorba para la observancia de la disciplina y la práctica de los ejercicios. Solía decir Pirro que con quince mil hombres conquistaría el mundo.

Pasemos á otro asunto.

Hemos hecho á nuestro ejército vencer en una batalla y mostrado los accidentes que pueden ocurrir durante el combate. Después le he puesto en marcha, previendo todos los peligros con que puede tropezar en el camino, y, finalmente, ha acampado. Le dejaremos, pues, descansar de las fatigas, y pensaremos en la manera de terminar la guerra; porque en los campamentos se trata de muchas cosas, máxime estando aún el enemigo en campaña y habiendo aún plazas fuertes sospechosas ó enemigas, las cuales es preciso ocupar ó expugnar. Pre-

ciso es, pues, hablar de estos diversos objetos y resolver todas las dificultades con la misma gloria alcanzada hasta ahora. Pasemos, pues, á ocuparnos de los casos especiales.

Si muchos hombres ó pueblos hiciesen algo que os fuese útil y á ellos grandemente dañoso, como derribar los muros de su ciudad ó desterrar gran número de ciudadanos, convendrá engañar á todos acerca de vuestros proyectos; de tal modo, que ninguno crea os ocupáis de él, y, no pensando en mutuo auxilio, uno tras otro queden sujetos á vuestra voluntad; ó mandar á todos en un mismo día lo que deben hacer, para que, creyendo cada cual ser el único á quien os imponéis, sólo piense en obedecer y no en resistir, quedando todos sometidos sin perturbación alguna.

Si sospecháis de la fidelidad de algún pueblo y queréis aseguraros de él atacándole de improviso, el mejor modo de encubrir vuestro designio será pedirle auxilio para cualquier otra empresa, pareciendo que no tenéis intento alguno de perjudicarlo; de esta suerte, no creyendo que deseáis ofenderlo, no pensará en defenderse y podréis realizar fácilmente vuestro proyecto.

Cuando sospechéis que hay en vuestro ejército alguno que da á conocer vuestros proyectos al enemigo, lo mejor que podéis hacer es valeros de su perfidia, comunicándole lo que no pensáis hacer y ocultándole lo que vais á realizar, fingiendo temores que no sintáis y callando los que experimentéis. Esto alentará al enemigo para realizar alguna operación creyendo saber vuestros proyectos, y os será fácil engañarle y vencerle.

Si quisierais, como lo hizo Claudio Nerón, disminuir vuestro ejército enviando refuerzos á algún aliado sin que el enemigo lo advierta, es necesario no reducir el campamento, conservando las mismas filas de tiendas, las mismas banderas, y no alterar en nada el número

de las guardias y de las hogueras. Si, al contrario, deseáis ocultar al enemigo los refuerzos que habéis recibido, no aumentad la extensión de vuestro campamento. El secreto en los actos y designios de la guerra es siempre utilísimo. Cuando Metelo estaba con su ejército en España, le preguntó uno qué iba á hacer al día siguiente, y respondió: «Si lo supiese mi camisa, la quemaría». A uno que preguntaba á Marco Craso cuándo movería el ejército, contestó éste: «¿Crees ser el único que no oiga las trompetas?»

Para saber los secretos del enemigo y conocer sus disposiciones, algunos generales han empleado el recurso de enviarle embajadores acompañados de jefes peritísimos en la guerra con disfraz de criados, los cuales podían así ver el ejército enemigo, y apreciando su fuerza ó flaqueza, procurar los medios para vencerle. Otros han fingido desterrar á uno de sus confidentes, el cual, yéndose al campo enemigo, ha averiguado y transmitido sus proyectos. También se conocen los secretos del adversario por medio de los prisioneros.

En la guerra contra los cimbrios quiso Mario saber si podía confiar en los galos cisalpinos, aliados entonces al pueblo romano, y les mandó unas cartas abiertas y otras cerradas, diciéndoles en aquéllas que abriesen éstas en determinado plazo. Antes de que se cumpliera se las pidió, y, al encontrarlas abiertas, comprendió que no podía fiar en ellos.

Algunos generales, en vez de ir en busca del enemigo invasor, han penetrado en sus tierras, obligándole á retroceder para acudir á defenderlas. Este recurso ha tenido repetidas veces buen éxito, porque vuestros soldados empiezan venciendo y adquiriendo confianza y botín, mientras el enemigo, creyéndose de vencedor vencido, se desalienta; pero sólo puede emplearlo quien

tenga su país más fortificado que el del enemigo, pues, de lo contrario, sería perjudicial.

Ha sido provechoso á otros generales, cuando el enemigo sitiaba su campamento, entablar con él negociaciones de paz y ajustar tregua por algunos días. Esto suele hacer negligente al adversario y, aprovechando su descuido, puede presentarse ocasión de escapar de sus manos. De este modo se libró Sila dos veces de los enemigos, y con el mismo engaño logró Asdrúbal en España no ser cogido por Claudio Nerón, que le tenía cercado.

Aprovechan para librarse del enemigo, además de los recursos citados, algunos otros que lo tengan en suspenso, como, por ejemplo, atacarle con parte de vuestra fuerza, para que, atento á la batalla, no impida la salvación del resto del ejército, ó producir algún suceso imprevisto que, por la novedad, le tenga incierto y parado. Esto hizo Anníbal cuando, cercado por Fabio Máximo, puso durante la noche haces encendidas entre los cuernos de muchos bueyes, y, sorprendido Fabio por aquella novedad, no pensó en cerrar á su enemigo todos los pasos.

Un buen general debe procurar sobre todo dividir las fuerzas del enemigo, haciendo sospechosos al jefe que los manda los hombres de quien se fía, ó dándole motivo para separar sus tropas, debilitando con ello su ejército. Lo primero se procura atendiendo á los intereses de algunos de los que el general enemigo tiene á su lado, respetando durante la guerra sus posesiones y sus dependientes, y devolviéndoles sus hijos y demás personas de su familia sin rescate. Ya sabéis que cuando Anníbal quemó alrededor de Roma todos los campos mandó respetar únicamente los bienes de Fabio Máximo, y que, viniendo Coriolano con su ejército contra Roma, ordenó no tocar las posesiones de los nobles y

saquear y quemar las de la plebe. Metelo, en la guerra contra Jugurta, inducía á todos los emisarios enviados por éste á que le entregaran dicho príncipe, y en las cartas que les escribía hablábales con preferencia de este proyecto, logrando que al poco tiempo sospechara Jugurta de todos sus consejeros y les hiciese morir de diversos modos.

Refugiado Anníbal en el reino de Antíoco, los embajadores romanos, en conferencias privadas con este rey, lograron hacérsele sospechoso y que desechara sus consejos.

El mejor medio de dividir las fuerzas enemigas es invadir su país, para que, obligadas á defenderlo, abandonen el teatro de la guerra. Así lo hizo Fabio cuando combatía con las fuerzas unidas de los galos, los etruscos, los umbrios y los samnitas.

Tenía Tito Dimio un ejército inferior en fuerzas al del enemigo, y esperaba una legión de Roma á la cual éste quería impedir el paso. Para que no fuera contra ella, hizo Tito Dimio correr la voz por todo su ejército de que quería dar al día siguiente la batalla; después facilitó la fuga á algunos prisioneros, quienes refirieron la orden del Cónsul de combatir al siguiente día, y los enemigos, por no disminuir sus fuerzas, renunciaron á ir contra la legión, que llegó sin obstáculo al campamento romano gracias á este ardid, no empleado para dividir las fuerzas enemigas, sino para duplicar las propias.

Algunos generales han dejado de intento que el enemigo entre en su país y se apodere de varias plazas fuertes, para que, obligado á poner guarnición en ellas, disminuya sus fuerzas, siendo entonces atacado y vencido. Otros, proyectando invadir una provincia, han fingido querer atacar otra con tanta habilidad que, cayendo de repente sobre aquélla, donde no se esperaba

su ataque, la han ocupado antes de que el enemigo pudiera socorrerla, porque, incierto éste sobre si volveréis al punto primeramente amenazado, no puede abandonar un punto por socorrer otro, y así muchas veces no defiende ninguno.

Además de lo dicho, importa mucho á un general saber apaciguar las sediciones ó discordias entre los soldados. Lo mejor en tales casos es castigar á los cabezas de motín; pero con tal prontitud, que el castigo lo sufran antes de que puedan sospecharlo. Para ello es preciso, si están alejados del general, llamar á su presencia á todo el cuerpo á que pertenecen, á fin de que, no creyendo los culpados que el llamamiento es para imponer castigos, en vez de procurar escaparse, se presenten á los que han de condenarlos. Cuando la falta de disciplina se comete á la vista del general, debe éste reunir á los obedientes y, con su ayuda, castigar á los culpados. Cuando reine discordia entre los soldados, el mejor modo de extinguirla es llevarlos á punto peligroso, porque el temor les hace estar unidos.

Pero lo que mejor mantiene la unión en el ejército es la fama del general, originada por su talento y valor, pues sin ellos, ni el nacimiento ilustre ni el cargo bastan para inspirar respeto.

El primer cuidado del general debe ser la seguridad de castigar y pagar á sus soldados, pues cuando faltan las pagas falta la justificación del castigo. No se puede castigar al soldado á quien no se paga porque robe, ni se le da otro medio de mantenerse. Si al ejército se le paga y no se castigan en él las faltas de disciplina, el soldado llega á ser insolente, pierde el respeto á sus jefes, el general no puede hacerse obedecer, y entonces, por necesidad, nacen los tumultos y las discordias, que son la ruina de un ejército.

Tenían en la antigüedad los generales una molestia

de que se ven libres en la actualidad, cual era interpretar conforme á sus propósitos los malos augurios; porque si caía un rayo sobre un ejército, si se eclipsaba el sol ó la luna, si había un terremoto, si el general al montar ó apearse del caballo se caía, lo interpretaban los soldados siniestramente y les infundía tal miedo, que, de dar en seguida una batalla, lo probable fuera perderla. Los generales debían en estos casos explicar los hechos como sucesos naturales ó interpretarlos conforme á sus propósitos. Cayóse César al desembarcar en África, y exclamó: «África, eres mi presa». Otros generales explicaban á sus soldados las causas de los eclipses de luna y de los terremotos. Tales circunstancias no se presentan en nuestros días, porque los hombres de ahora no son tan supersticiosos y porque nuestra religión aleja del ánimo tales temores; pero si por acaso ocurriese algún acontecimiento de esta clase, convenría imitar la conducta de los generales antiguos.

Cuando el hambre ó cualquier otra necesidad ó pasión humana conduce al enemigo á extrema desesperación y, arrastrado por ella, provoca la batalla, debéis permanecer dentro de vuestro campamento y, en cuanto os sea posible, esquivar el combate. Así obraron los lacedemonios contra los mesenios; así lo hizo César contra Afranio y Petreio.

Estando el cónsul Fulvio en guerra con los cimbrios y habiendo hecho durante muchos días seguidos escaramuzas de caballería, observó que el enemigo salía siempre de su campamento para perseguirle, y en su consecuencia preparó una emboscada detrás de dicho campamento; hizo atacar de nuevo á la caballería; salieron los cimbrios en su persecución, y mientras tanto Fulvio se apoderó del campamento y lo saqueó.

Encontrándose dos ejércitos frente á frente, algunos generales han enviado destacamentos á talar su propio

país, dádoles banderas semejantes á las de los enemigos y, tomándoles éstos por tropas que vienen en su auxilio, han acudido á ayudarles y á participar del botín, desordenándose y facilitando al adversario la victoria. Este ardid lo usó Alejandro de Epiro contra los ilyrios y el siracusano Leptenes contra los cartagineses. A los dos les dió feliz resultado.

Muchos generales han vencido al enemigo permitiéndole comer y beber extraordinariamente. Para ello, fingiendo temor, han dejado su campamento lleno de víveres y vino, y cuando los contrarios estaban hartos de comida y bebida les han atacado y vencido. Esto hizo Tamiris contra Cyro, y Tiberio Graco contra los iberos. No ha faltado, en fin, quien en estos casos envenene el vino y los víveres para que la victoria fuese más fácil.

Ya he dicho que no tenía noticia de que los generales en la antigüedad pusieran de noche fuera del campamento centinelas ó guardias avanzadas, y en mi opinión hacían esto para evitar los males que podía ocasionar. En efecto, muchas veces de día los centinelas avanzados, para observar al enemigo, han ocasionado la ruina de quien los pone, pues cayendo en manos del adversario, como ha ocurrido en bastantes ocasiones, les obliga esto á hacer la señal convenida para llamar á los suyos, que acuden y quedan muertos ó prisioneros.

Aprovecha algunas veces engañar al enemigo variando vuestras costumbres, pues, ateniéndose á las que conoce, llega á su perdición. Así lo hizo un general que acostumbraba á anunciar á los suyos la llegada del enemigo de noche con fuego y de día con humo. Mandó que se hiciera sin intermisión el fuego y el humo, y después, al venir el enemigo, que no se hiciera señal alguna. Creyó éste llegar sin ser observado, por no ver las señales de haber sido descubierto, y en esta creencia marchaba

sin ninguna precaución, por lo cual facilitó la victoria de su adversario.

Queriendo Memnón de Rodas que el enemigo abandonara una posición muy fuerte, le envió como tráfuga uno de los suyos, quien anunció que la discordia imperaba en el ejército de Memnón y que la mayor parte de él se marchaba. Para acreditar la noticia fingió Memnón algunos tumultos en su campamento, y el enemigo, creyendo vencerle, le atacó y fué derrotado.

No se debe impulsar nunca al enemigo hasta la desesperación. Es una regla que practicó César en una batalla contra los germanos, á quienes abrió camino de retirada al ver que, no teniéndolo, la necesidad de vencer les hacía redoblar sus esfuerzos, y prefirió el trabajo de perseguirles en la huida al peligro de vencerles cuando se defendían. Observando Lúculo que algunos soldados de caballería macedonios que llevaba consigo se pasaban al enemigo, hizo tocar inmediatamente á ataque y mandó al resto de su ejército que los siguiera. Creyó el enemigo que Lúculo deseaba dar la batalla y atacó á los macedonios con tal ímpetu, que éstos se vieron precisados á defenderse, convirtiéndose, contra su deseo, de desertores en combatientes.

Antes ó después de una victoria importa mucho asegurarse de una plaza cuya fidelidad sea sospechosa, y así lo demuestran algunos ejemplos de la antigüedad. Desconfiando Pompeyo de la fidelidad de los habitantes de Catania, les rogó acogiesen algunos enfermos que llevaba en su ejército, y enviando, como enfermos, hombres robustísimos, ocupó la ciudad. Sospechó Publio Valerio de los habitantes de Epidauro y los convocó á una especie de jubileo en un templo que había fuera de la población. Cuando todo el pueblo había ido á obtener la indulgencia, cerró las puertas de la ciudad

y no permitió entrar en ella más que á aquellos en quienes confiaba.

Al emprender Alejandro Magno su expedición á Asia, quiso asegurarse de la Tracia y llevó consigo á todos los personajes de este país, dándoles cargos en su ejército y remplazándoles en los pueblos de Tracia por hombres sin prestigio. De este modo contentó á aquellos, pagándoles, y mantuvo la paz en Tracia por no haber jefes que agitaran los ánimos.

Los actos más eficaces de un general para ganarse el afecto de los pueblos son los de castidad y justicia, como los que dió Scipión en España, cuando devolvió una joven bellísima á su padre y marido; acto que le facilitó, más que las armas, la conquista de este país.

Haciendo pagar César los árboles que había mandado cortar para formar una empalizada alrededor de su campamento en las Galias, adquirió una reputación de justo que contribuyó poderosamente á la conquista de aquella provincia.

Creo que á lo dicho sobre este asunto nada hay que añadir, y que está agotada la materia. Sólo me resta decir el modo de atacar y defender las fortalezas; lo que haré de buen grado si no os cansa escucharme.

*Bautista.*—Vuestra bondad es tanta, que satisfacéis todos nuestros deseos, sin dejarnos el temor de ser indiscretos, pues nos ofrecéis generosamente lo que apenas nos atreveríamos á pedir. No podéis hacernos servicio más grato y provechoso que continuar esta conversación tan instructiva. Pero, antes de pasar á otra materia, aclaradme una duda. ¿Es preferible continuar la guerra en invierno, como hoy se hace, á hacerla solamente en el verano y tener las tropas en cuarteles de invierno, como se practicaba en la antigüedad?

*Fabricio.*—Sin vuestra oportuna pregunta hubiese olvidado una parte que merece consideración. De nue-



Yo os digo que los antiguos hacían las cosas mejor y con mayor prudencia que nosotros, y si en otros asuntos cometemos algunos errores, en los militares erramos por completo. Lo más imprudente y peligroso para un general es hacer la guerra en invierno, siendo aun mayor el peligro para el agresor que para el agredido. La causa de ello consiste en lo siguiente: todo el cuidado que se pone en la disciplina militar tiene por objeto organizar un ejército y dar una batalla al enemigo, siendo éste el propósito del general, pues del resultado de la batalla depende el éxito de la guerra. El que sabe prepararla mejor y tiene más disciplinado su ejército, aventaja al adversario y es mayor su esperanza de vencerlo. Por otra parte, lo más opuesto á aprovechar la buena organización son los terrenos muy accidentados y los temporales de lluvia ó hielo, porque las desigualdades del terreno no permiten desplegar las fuerzas conforme á las reglas del arte militar, y la lluvia y el frío impiden reunir las tropas y presentarlas en masa al enemigo, siendo, al contrario, preciso alojarlas sin orden y distantes unas de otras conforme á los castillos, aldeas ó ciudades que haya en la comarca y donde puedan guarecerse, de suerte que el trabajo empleado en disciplinar el ejército resulta inútil. No os sorprenda que ahora se haga la guerra en invierno porque, no teniendo disciplina los ejércitos, desconocen el peligro de no alojar unidos los diferentes cuerpos, y prescinden de cuanto puede contribuir á una buena organización. Debieran pensar, sin embargo, el daño que produce estar en campaña durante el invierno y recordar que los franceses fueron destrozados en 1503 á orillas del Garelano, más por la inclemencia del invierno que por los españoles.

En este caso, como os he dicho, la desventaja es para el que ataca, pues el mal tiempo ofende más al inva-

sor de país enemigo que al que se defiende en su propia tierra. Si quiere tener sus tropas reunidas, ha de sufrir los rigores del frío y del agua, y si desea evitarlos, necesitará dividir sus fuerzas. En cambio el que espera el ataque puede elegir á su gusto el sitio para aguardar al enemigo con sus tropas descansadas; reunir las en un momento y acometer á cualquiera de los cuerpos separados del ejército enemigo, que no podrá resistir el ataque por la desigualdad de fuerzas. Así fueron derrotados los franceses y así lo serán siempre quienes acometan en invierno á un enemigo hábil y prudente.

El que quiera no valerse de la fuerza, la organización, la disciplina y el valor de un ejército, emprenda una campaña en el invierno. Los romanos, tan cuidadosos de conservar todas estas ventajas, para no perderlas, evitaban la guerra en el invierno, como la guerra en las montañas y cualquiera otra que les impidiera demostrar su valor y disciplina y su excelente organización.

Creo que lo dicho basta para contestar á vuestra pregunta. Tratemos ahora del ataque y defensa de las plazas fuertes y de los puestos militares y de las fortificaciones (1).

(1) Véase el dibujo del campamento descrito en este Libro al final de EL ARTE DE LA GUERRA